

clase de blasfemias y tormentos, sin dejarle parte sana desde los piés á la cabeza? ¿puede negarse que le crucificaron, dividiendo sus vestiduras los soldados y echando suertes sobre la túnica interior por no rasgarla?

*Directora.* Al pié de la letra.

*Luisa.* ¿No le dieron á beber hiel y vinagre? ¿no le crucificaron en compañía de dos criminales, con la diferencia de no quebrarle las piernas como á los otros, por haber ya espirado cuando vinieron á ejecutar este último tormento?

*Directora.* Todo eso es verdad.

*Luisa.* ¿No le traspasaron con una lanza despues de muerto? ¿no le enterraron en un sepulcro nuevo, que le cedió un hombre rico? ¿no es cierto, ciertísimo. . . .

*Directora.* Hija mia, ninguno ha negado la cosa mas mínima de cuantas vd. ha dicho con respecto al Crucificado; porque no solo el pueblo judío, sino todo el mundo gentil, supo lo ocurrido con tal personage: todas las historias, así eclesiásticas como profanas, lo refieren desde entonces hasta nuestros tiempos, y todas de un mismo modo. Pero ¿qué saca vd. de eso para hacerme ver que era Dios? Antes parece que prueba todo lo contrario.

*Luisa.* Si hago yo ver á vd. que cuantas cosas he dicho, estaban todas y cada una de ellas dadas tantos miles de años antes por señales nada equivocadas del verdadero Mesías ú hombre Dios que habia de redimirnos y salvarnos con su poder, su doctrina y la religion que fundase, destruyendo todas las demas, supersticiosas, idolátricas y fabulosas, tiene vd. que confesar que Jesus fué el prometido, y cuanto dijo, la verdad mas evidente.

*Directora.* ¿Y será vd. capaz de hacernos ver eso en los términos que nos promete?

*Luisa.* Sí señora; tenga vd. la bondad de oirme cómo, en dónde y por quién estaba todo profetizado hasta lo mas mínimo.

*Directora.* Vamos á verlo, vamos á verlo.

*Luisa.* La venida de este divino Señor fué anunciada desde el principio del mundo. La primera promesa fué hecha á Adan (1): se repitió á Abraham (2), á Isaac (3) y á Jacob (4), añadiendo este mismo la señal de que seria cuando reinase un extraño, cual fué Herodes. Todo esto consta del Génesis.

*Directora.* Es verdad.

*Luisa.* Isaías dijo que naceria de una virgen

(1) Gen. 3. 15. (2) Id. 12. 3. (3) Id. 26. 4. (4) Id. 28. 14.

y del linage de Jesé (1): Miquéas, que nacería en Belén (2): Balaham profetizó lo de la estrella (3): Daniel, que se llamaría Mesías ó Cristo (4): en los Salmos leemos que pasaría la vida tan trabajosa que ya he dicho (5).

*Directora.* Así está escrito todo ello.

*Luisa.* Daniel añade, que estos trabajos no serían merecidos por sí (6): Isaías, claramente, que serían por los pecados de los otros (7): el nombre de Dios con nosotros ó Emmanuel, también por Isaías (8).

*Directora.* En hora buena.

*Luisa.* El mismo David le llama su Señor, siendo hijo suyo según la carne (9): Ageo dice que había de venir durante el segundo templo (10); y Daniel á las setenta semanas de años; esto es, á los cuatrocientos noventa desde que se reedificó (11).

*Directora.* Esa es la cuenta.

*Luisa.* También dijeron los Profetas que había de ir á Egipto y Dios le había de hacer volver desde allí (12): la degollación de los niños ino-

(1) Isai. 7. 14. (2) Miq. 7. 2. (3) Núm. 24. 17. (4) Dan. 9. 26. (5) Salm. 21. (6) Dan. 9. 26. (7) Isai. 53. (8) Id. 7. 14. (9) Salm. 109. 1.º (10) Ag. 2. 7. (11) Dan. 9. 24. (12) Os. 11. 1.

centes la predice y llora el profeta Jeremías (1): la venida de los Magos, los dromedarios y sus dones, lo leemos en Isaías con toda espresion (2).

*Directora.* Así nos lo cuentan y cantan por Reyes todos los años en la Iglesia.

*Luisa.* Lo de la hiel y vinagre en los Salmos (3): en estos mismos lo de su crucifixion, cuando dicen que taladrarían sus piés y sus manos (4); que dividirían sus vestiduras, con la añadidura de echar suerte para no rasgar la túnica inconsútil (5): lo de la lanzada estaba vaticinado por Zacarías (6): lo de la mofa, risa y meneos de cabeza haciendo burla, también se halla profetizado en los Salmos (7).

*Directora.* Todo está escrito como vd. dice.

*Luisa.* El precio en que fué vendido, y el destino que se dió al dinero vuelto por Júdas, está espreso en Zacarías (8): el que no le quebrantarían las piernas, ó ningun hueso, en el Exodo (9): lo de la entrada en Jerusalem sobre un jumento, estaba también dicho por Zacarías (10).

*Directora.* Así lo dicen.

*Luisa.* Que le crucificarían, confundirían con

[1] Jer. 31. 15. [2] Isai. 60. [3] Salm. 68. 22. [4] Salm. 21. 18. [5] Id. 21. 19. [6] Zac. 12. 10. [7] Salm. 21. 7. [8] Zac. 11. 13. [9] Exod. 12. 46. [10] Zac. 9. 9.

criminales y le enterrarian en el sepulcro de un rico, lo habia dicho Isaias (1). Tenemos tambien. . . .

*Pepita.* Yo he visto una flor que tiene los clavos, la sogá, la mano que le pegó y la corona de espinas; y un árbol que cria unas cruceitas que tienen los tres clavos, muy bonitas.

*Directora.* Muy misterioso es todo, hijas mías, y mas se maravillarian vds. si hubiesen visto una cruz natural, con sus clavos bien formados y muy exactas dimensiones, que tiene en su oratorio un personage; pero esto es mucho, veo que son capaces de instruirse en el particular mucho mas de lo que podia imaginarme. ¿Cómo se ha compuesto vd. para tenerlas tan adelantadas en tan corto tiempo, y que hayan aprendido tantas cosas de la sagrada Escritura?

*Maestra.* Haciéndolas esplicaciones en términos claritos, sencillos y acomodados á su capacidad; proponiéndolas y desatando las dificultades que puedan hacerlas, y valiéndome de leccioncitas de memoria por lo que hace á los hechos y vaticinios relativos á Jesucristo; pero lo que mas ha contribuido á esto, es la esplicacion sencilla y

(1) Isai. 53. 9.

acomodada á su capacidad que les hace todos los sábados el Sr. Br. D. Higinio sobre los misterios de nuestra religion y sobre las obligaciones de un cristiano. Está visto, señora, que son capaces de tanto ó mas de lo que pensábamos: vd. podrá verlo con las preguntas y réplicas que guste hacer á las mas adelantadas.

*Directora.* Será mi mayor satisfaccion; pero antes de llamar á otra, quiero apretar un poco mas á Luisita. Hija mia, he oido con el mayor placer cuanto vd. me ha dicho, de suerte que parece no hay réplica, siendo lo mas gracioso haberse vd. valido en abono de Jesucristo de sus dos mayores enemigos: el Gentilismo, que vió los hechos, y el Judaismo, que los tenia vaticinados hasta en lo mas mínimo. Sucede cabalmente lo que dice S. Agustin: “*Que los unos y los otros son los burros que llevan los libros á nuestro favor.*” ; Obra ciertamente de Dios! Pero antes de cantar vd. la victoria, ¿qué me responderá si yo la digo que todos esos libros ó vaticinios fueron escritos y puestos despues de sucedidas las cosas?

*Maestra.* Tambien está puesta esa objecion: oiga vd. la solucion y respuesta sin réplica que dará Luisita.

*Luisa.* Señorita, eso es imposible, porque en

dichos libros estaban juntas las leyes por donde entonces se gobernaban; las fiestas que hacían; las ceremonias que tenían; los cánticos de acciones de gracias á Dios por los prodigios que obraba con ellos, y tan encadenados con estos mismos los de los Profetas y Salmos, que todos concuerdan unos con otros hasta en lo mas mínimo. Todo lo leían á un tiempo. . . .

*Directora.* Los cánticos podían componerlos á lo que no era cierto. El mas cacareado es el de Moisés por haber pasado el Mar Rojo, y ese le pasarían por donde no corría.

*Teresita.* ¿Pues por qué se ahogaron y no le pasaron los que iban tras de ellos? Allá en no correr. . . .

*Directora.* ¿Qué! ¿está también Teresita muy adelantada en todas estas cosas?

*Maestra.* Sí señora, es acaso la que sigue á Luisita por su edad, capacidad y talento.

*Directora.* Yo me alegro: pues vamos, que descansen Luisita, y responda ahora Teresita á las preguntas que se la hagan. ¿Tiene vd. también á Cristo por verdadero Dios?

*Teresita.* Sí señora; era Dios verdadero á mas de hombre.

*Maestra.* Sobre eso mismo, y el cumplimiento

de todas las profecías, dirán á vd. una copla muy bonita que se les ha enseñado: venga vd. acá, Leta, diga vd. la copla de la Sibila.

*Leta.* Hé aquí los tiempos que anunciará al mundo

En proféticas voces la Sibila:

Renuévase la série de los siglos,

Un nuevo orden de cosas se principia.

Desde la eterna bóveda descende

Todo un Dios, y con el hombre habita

Hecho hombre, y nuevos habitantes

A los cielos la tierra suministra;

El siglo de oro reina por do quiera,

Que hará olvidar las humanas cuitas.

*Directora.* Está muy bonita, está muy bonita; pero diga vd., Teresita, ¿en qué se funda vd. para creer que Jesucristo era Dios y hombre, á mas de las señales que ha dado Luisita?

*Teresita.* En que curaba los enfermos, resucitaba los muertos, daba vista á los ciegos, mantenía muchos miles de personas milagrosamente, como lo cuentan todos, además de los Discípulos suyos.

*Directora.* Es verdad que las historias están llenas de la narración de estos hechos; pero ¿podremos tenerlos por milagrosos sin haberlos visto?

*Teresita.* Si señora: cuando lo cuentan tantísimos, y todos de la misma manera, los que vivían entonces y los que después han escrito, no podemos negarlo nada mas que por no haberlo visto. Entonces había que negar aun lo que pasase en nuestros tiempos, no siendo delante de nosotros.

*Maestra.* Eso es, hija mia, y siento que se la haya olvidado lo que dije á vd. cuando hablamos de los milagros de Jesucristo y los Apóstoles; que no pueden negarse sin otro milagro, el mayor de todos.

*Teresita.* Ya me acuerdo, ya me acuerdo; que si no hubiesen hecho milagros, era un milagro mas grande que todos, el que la gente se hubiera hecho cristiana y hubiera seguido una religion que les quitaba divertirse como querían, y manda que nos mortifiquemos y que no gustemos de dineros ni pasatiempos, ni ninguna cosa que sea. . . .

*Directora.* Dice vd. bien: hubiera sido mayor milagro el que se hubiese fundado sin ellos una religion que no nos prometia en este mundo mas que trabajos, persecuciones, martirios, desprecios, insultos y todo mal tratamiento de los mundanos. ¿La parece á vd. que sin hacer milagros bien patentes, repartirian aquí en México á los pobres todas las talegas de duros cuantos las tuviesen, sin

mas que venir por ahí unos infelices diciéndoles que eso era lo mas acertado para ser verdaderamente ricos?

*Teresita.* Allá en repartir. . . . entonces si que nuestros padres no pasarían tantas necesidades; bien comidas y bien bebidas habíamos de estar todas las de la Amiga, y no que todo se nos vuelve bostezar de pura hambre: ¡vaya por Dios, señorita!

*Directora.* Pues hija, ¿no se dijo ayer que había Dios, y que era el que todo lo gobernaba? No anda ello muy bien gobernado, cuando unos tienen mucho y otros nada: muchos que son buenos, no tienen que comer, están llenos de trabajos y enfermedades; y otros que nada, ó casi nada tienen de buenos, están gordos, llenos de pesetas, salud, diversiones y. . . .

*Teresita.* Señora, eso es una prueba de lo que dice nuestra santa religion; que hay otra vida en la que se dará razon á quien la tenga, se premiará al bueno, se castigará al malo, se. . . .

*Directora.* Se ajustarán las cuentas á todos, ¿es verdad? Sin que se olvide obra, palabra, ni pensamiento bueno ó malo: se hará justicia á todos.

*Rector.* Reconocida una primera causa, es in-

dispensable que hasta los mismos impíos reconozcan la inmortalidad de nuestra alma, si van conformes á sus primeros principios; de lo contrario, tendrán que caer en la contradiccion de ser primera causa y no poder serlo. Lo seria, porque así lo confesaban; y no lo seria, por carecer de las perfecciones que debe tener en sí misma para ello. Esta reflexion convenció de tal modo al impío Rousseau, que no pudo menos de darse por vencido, y reconocer esta verdad ante todos sus prosélitos. “Aun cuando yo no tuviera otras pruebas de la inmortalidad del alma, dice religiosamente aquel hombre eminentemente irreligioso, que el triunfo del malo y la opresion del justo en este mundo, esto solo no me permitiria dudar de ella; y esta misma disonancia tan sobresaliente en medio de una armonía tan universal, me induciria á buscar el modo de concordarlo. Yo me preguntaria á mí mismo, ¿se acaba todo para nosotros con la muerte? Y me responderia, que entonces es cuando todo acaba de ponerse en orden.”

*Directora.* No dijo mas en ello que lo que acaba de decir nuestra Teresita; porque entonces será cuando el bueno reciba el premio de todas sus buenas obras y padecimientos, así como el malo el justo castigo de su mal obrar y opresio-

nes hechas al justo. Tengan vds. muy presente esta reflexion para consolarse en medio de los trabajos y padecimientos de este valle de lágrimas.

*Teresita.* Sí señora, sí señora: ¡qué contento tenemos los pobres cuando nos acordamos de estas cosas, y no nos desesperamos como los que no son cristianos! ¡qué bueno es ser cristiano para todo! ¡qué Dios tan bueno! ¿á que no nos matamos, como los que no lo son?

*Directora.* Existiendo Dios, es imposible que no haya en otra vida la remuneracion al bueno y castigo al malo; porque no siendo así, como bien ha observado el Sr. Rector, faltaria á Dios una de las esenciales perfecciones que debe tener un padre, un juez y un buen amo. Pero volviendo al punto en que estábamos, diga vd. ¿qué otra mas prueba puede darse á favor de nuestra santa religion?

*Teresita.* Que á la hora de la muerte á nadie le pesa el ser cristiano; y los que no lo son, se hallan con muchos remordimientos.

*Maestra.* Y que la doctrina que nosotros seguimos es la que enseñaron los Apóstoles, los Santos Padres y Concilios, sin haber en ella mudanza como en las demas, en que no se entienden unos

á otros y se oponen á sí mismos: por fin, que los católicos tienen por imposible se salven los hereges y los de otras sectas, así como estos confiesan que nosotros nos salvamos.

*Directora.* Es verdad: esto resolvieron los mismos teólogos luteranos de la famosa universidad de Helmstad en Sajonia, con motivo del casamiento de la princesa Wolfembutell con el emperador Carlos VI, y por lo mismo tomaron el partido mas seguro de convertirse á nuestra santa religion Enrique IV, rey de Francia, Cristina, reina de Suecia, y Antonio Ulric, duque de Brunswic, con otros infinitos, y cuantos no quieren esponerse á engaño en caso tan terrible é interesante.

*Teresita.* ¡Qué bien hicieron! ¡Bien tonta seria yo si no tomara por remedio el que todos los médicos me decian que era bueno, y tomara el que le aprobaba solo alguno; ó si no comiera del plato que todos me decian que no tenia veneno, y comiera del que decian que le tenia! ¡Por qué no se convertirán todos á la religion mas segura, y en la que no hay dudas?

*Directora.* Porque dicen que el hombre de honor no debe mudar de religion, sea la que quiera.

*Teresita.* ¡No es mal honor! Pues yo no me habia de condenar por nadie: ese honor es malo.

*Rector.* Los enemigos mas acérrimos del Cristianismo han confesado esta verdad cuando han discurrido libres del frenesí y delirio que les tiene atolondrados. “Cuando los hombres, dice Voltaire, no tienen ideas verdaderas de la divinidad, suplen las falsas, al modo que en los tiempos calamitosos se trafica con moneda falsa á falta de la buena.”

*Maestra.* En mi sentir, el estraviarse de la cristiana y verdadera religion, proviene en todos de un mismo principio.

*Rector.* El principio, medio y fin de que procede, en lo que consiste y á qué se dirigen todos esos estraviados, no es otra cosa que el vano empeño de ver como pueden entregarse á las pasiones y pecar sin remordimiento; esto les hace buscar un Dios, que ni vea, ni oiga, ni entienda, ni amenace con eternos castigos; unos dioses, propiamente hablando, padrinos de sus afectos, ó una religion que todo lo permita y en nada se oponga á sus mundanos placeres; de aquí los theistas fingiéndose un Dios que solo trate de las cosas de arriba y tenga á menos entender en lo que pasa entre nosotros: los deístas, para quienes cualquiera clase de religion es buena, negando la revelacion: el sociniano, colocando á Cristo y po-

niéndole en la clase de las criaturas : el judío, para no tenerse y darse por perdido, despues de haberse mofado y crucificado al Hijo del Eterno Padre y verdadero Mesías : el mahometano, para seguir con las estravagancias de su religion sensual y voluptuoso paraíso : los protestantes, para no dejar su privado, libre y caprichoso sentir. Todos, finalmente, quieren persuadirse obran acertadamente, y que de este modo agradan á Dios, ofreciéndole un verdadero culto.

*Maestra.* Es ciertamente una monstruosidad. Lejos de nosotros la horrible blasfemia de que el Ser Supremo, el único y verdadero Dios pueda aprobar unos cultos que se destruyen los unos á los otros, porque es un Dios justo, un Dios celoso, un Dios de unidad y verdad, y que en nada aprueba nuestros delirios y contradicciones. Una precisamente tiene que ser la religion verdadera, y la que lleve que todas son permitidas, no es religion, sino derision del culto religioso, haciendo del Dios verdadero un ídolo, para quien todos los cultos sean iguales.

*Rector.* Ni puede llevar á lo perfecto ninguna otra, que teniendo leyes que velen sobre delitos públicos, no las tenga y amenace con terribles castigos á los que cometan pecados en secreto ;

cosa propia de nuestra santa religion. “ Cosa admirable, decia Montesquieu, que la religion, que parece no tiene otra mira que la felicidad de la otra vida, hace que gocemos de la felicidad posible en esta.”

*Maestra.* Bien manifiesto es esto á todos ; pero como las otras lisonjean los apetitos y pasiones, de eso procede tanto resistirse, y tanto conjurarse contra la cristiana que les hace guerra, prohibiendo cuanto sea desordenado, carnal y opuesto á las máximas del Evangelio.

*Rector.* Es eso tan cierto, que hasta los mismos gentiles lo traslucieron, y parece adivinaron tanta oposicion y la causa de ella. “ Si un hombre sumamente justo, decia Platon, apareciese sobre la tierra, en contraria y justa oposicion al mundo, seria encarcelado, escarnecido, azotado, y finalmente, puesto en un suplicio.

*Maestra.* Como cabalmente lo ejecutaron con el justo por excelencia, nuestro Divino Redentor, que vino á publicar una ley que hace guerra al mundo, sus pompas y vanidades.

*Rector.* Pues oiga vd. mas, y acabe de pasarse. “ En medio de nuestras incertidumbres, dice en otro lugar el mismo Platon, no tenemos otro partido que tomar, sino el de esperar con pa-



ciencia que venga alguno á enseñarnos de qué manera hemos de obrar para con los dioses, y para con los hombres. Aquel que os enseñare esto, mirará verdaderamente por aquello que os conviene." "Venga, pues, luego al punto, responde Alcibiades; por mi estoy dispuesto y pronto á ejecutar todo cuanto me prescribiere, y espero que me hará mejor." Esto hace ver que aun los mismos filósofos gentiles, no sin algun superior auxilio, abonaron cuanto ser pudo, y acreditaron con sus dichos nuestra santa religion.

*Maestra.* Es una verdad inconcusa; pero olvidada, y poco conocida aun entre nosotros mismos: de este principio y los que vd. lleva sentados procede la falta de religion, la impiedad é incredulidad que se advierte en esa juventud escarriada, y tanto número de personas abandonadas á sus pasiones, y otras, que no estando aun del todo desalmadas, quieren juntar el espíritu del mundo y sus placeres, con el espíritu del cristianismo y la religion del Crucificado, la continua asistencia á los espectáculos, la casi ninguna á los actos religiosos y lo disipado de su vida, con las costumbres de un buen cristiano.

*Rector.* Consecuencias todas de tanto libro impío, obsceno, inmoral y anticatólico como ha vo-

mitado el infierno, y andan en manos de los incautos mexicanos.

*Maestra.* Así es que ya no se halla aquella hombría de bien, aquella formalidad, ni nada de cuanto antes formaba nuestras delicias, cuando eramos en la realidad hombres de honor, cortesés, caballeros, buenos cristianos y castizos mexicanos. Dejemos esas cosas, señor Rector, pues solo en considerarlas se me ahoga el corazón en el cuerpo.

*Rector.* Así ciertamente: procuremos dar algun lenitivo á este gran dolor. ¿Qué dice Severa á todas estas cosas?

*Severa.* Yo, qué quiere vd. que le diga; que todos esos señoritos y todas esas cosas que vds. han dicho, no son mas que trápalas y tramoyas que meten para huir de la ley de Dios.

*Maestra.* Qué sabe vd. de esas cosas, ni que entiende vd. de esas materias.

*Severa.* Yo no tengo materias, gracias á Dios, ni he leído todavía en libros grandes para entender esas cosas; pero no me podrá vd. negar que la razon no tiene mas que un camino.

*Maestra.* ¿Y á qué viene ahora eso?

*Severa.* Señorita, viene á que quieren hacer que son buenos, y no lo son. *La ley de Dios no quiere trampa.* Yo por mí digo que lo mismo me

fiaba de todos esos que andan con esas maulas y marrullerías para no ser buenos, que de un costal de alacranes; como tuviera un buen bolsillo de dinero que guardar, mejor se le daba al P. D. Juan, ó á otros tan buenos como el señor que va á mi casa, que no á esos así.

*Maestra.* Vd. es muy maliciosa, y por eso no se fia de nadie.

*Severa.* También me fio yo de las personas, señorita; pero de esos que nunca van á la iglesia, y para nada se les ve en el jubileo, ni confesarse, ni en otras cosas buenas, no señora.

*Maestra.* No tienen todos tiempo desocupado para asistir á los buenos ejercicios que quisieran.

*Severa.* Pues como no la tuvieran todos esos que yo digo, no habian de estar bien demas en la plaza todo el día, viendo todo cuanto pasa, ni habian de ser los primeros que van á todas partes á lo que hay que ver. Sabe vd. como son esos, señorita, como unas vecinas mías que les dije yo un día si querian ir conmigo al sermón, y me dijeron que ellas no tenian tiempo para sermones; que tenian que atender á las cosas de la casa, y si vd. las viese todo se las vuelve divertir y andar en tracamundas, para salir cada día de su manera; pasan las noches en el teatro, las mañanas en la

cama, y las tardes en el paseo y visitas. En fin, *tal para cual*; son buenas para los ociosos y catrines que las obsequian. Calcule vd. si una de estas fulanitas, será una buena dote para una casa endeudada.

*Rector.* Hágase vd. cargo, señorita, que somos plantas, y para alimentarnos tenemos que estar metidos en la tierra de los negocios y agencias terrenas, de otro modo no tendríamos con que sustentarnos, y nos moriríamos.

*Severa.* Yo no digo que no, señorita, pero *tanto es lo de mas, como lo de menos.*

*Maestra.* Eso es; ahora ha dicho vd. una gran verdad, pues hasta las mismas plantas, si las meten en la tierra mas de lo regular, se ahogan y perecen.

*Severa.* Señorita, lo que yo digo es, lo que dice tío Torito el arriero de Puebla, *que por oír misa y echar cebada, nunca se pierde jornada*; y ademas que si no tuvieran tiempo para las cosas no andarian en tantas diversiones. Si vd. las conociera, ya me lo diría. Toda se las vuelve andar de bureo luciendo la peineta, el túnico, el tápalo, y los cintajos.

*Maestra.* Así como nosotras, ¿es verdad?

*Severa.* Bien se equivoca vd., señorita. Por